

asistía muy de cerca á su inspiración para que su recíproca confianza fuese bien viva. Mahoma no le apreciaba; le acusaba de cambiar palabras y de desnaturalizar sus pensamientos, tanto que el secretario, agitado por siniestros presentimientos, huyó y abjuró del islamismo. Después de la toma de la Meca, cayó en las manos de los musulmanes. Mahoma no se dejó arrancar el perdón sino con infinita pena, y cuando el apóstata se hubo retirado expresó malhumorado á los musulmanes su descontento porque no le habían librado de aquel hombre.

Sería también algo injusto juzgar con todo rigor y con nuestras ideas morales los actos de Mahoma, que en nuestros días llamaríamos supercherías. No es posible figurarse hasta qué punto entre los musulmanes pueden aliarse la convicción y hasta la nobleza de carácter con cierto grado de impostura. ¿El jefe de la secta de los Wahhbitas, Abd el Wahhab, un verdadero deísta, el Socin del islamismo, no inspiraba á sus soldados la más ciega confianza, dándoles antes de la batalla un salvoconducto firmado por él y dirigido al tesorero del paraíso para que les admitiera de rondón y sin previo interrogatorio? Todos los fundadores de las *Khonan* ú órdenes religiosas de Argelia reúnen el doble carácter de ascetas y de audaces charlatanes. Sidi Aïsa, el más extraordinario de estos modernos profetas, cuya leyenda ha alcanzado casi las proporciones de la de Mahoma, no era más que un juglar, un exhibidor de animales que supo explotar hábilmente su oficio, y ninguna persona que ha viajado por Argelia creerá que los *Aïssaona* se engañen con sus propios prestigios.

Sería ciertamente de mal gusto comparar á Mahoma con los impostores de tan baja ralea. Pero no obstante, es preciso confesar que si la primera

condición del profeta es la de ilusionarse á sí mismo, Mahoma no merece ese título. Toda su vida revela una reflexión, una combinación, una política que no se acomodan mucho con el carácter de un entusiasta obsesionado por las visiones divinas. Jamás cabeza alguna fué más lúcida que la suya; jamás hombre alguno fué más dueño de su pensamiento que él. Sería plantear la cuestión de una manera estrecha y superficial, preguntarse *si Mahoma creía en su propia misión*, pues en cierto sentido sólo la fe es capaz de alentar al innovador en la lucha que sostiene por la idea elegida, y en otra es absolutamente imposible admitir que un hombre de conciencia tan clara creyese tener entre los dos complotos el sello de la profecía y que viniese del ángel Gabriel la inspiración que recibía de sus pasiones y de sus designios premeditados. M. Weil y M. Washington Irving suponen, no sin razón, que en la primera fase de su vida de profeta, un entusiasmo verdaderamente santo inflamaba su pecho, y que el período político sólo vino para él más tarde, cuando la lucha y el sentimiento de las dificultades que vencer hubieron entibiado la delicadeza primitiva de su inspiración. Los últimos *suras* del Corán, tan resplandecientes de poesía, vendrían á ser la expresión de su convicción ingénuo, mientras que los primeros *suras*, repletos de disputas, de contradicciones, de injurias, serían obra de su edad práctica y reflexiva.

No se puede negar que las primeras apariciones de su genio profético están impregnadas de un gran carácter de santidad. Se le veía sólo orando en los valles desiertos de los alrededores de la Meca. Allí, hijo de Abu-Talib, ignorándolo su padre y sus tíos, le acompañaba algunas veces y oraba con él imitando sus movimientos y actitudes. Un día Abu-

Talib les sorprendió en aquella ocupación: — «¿Qué hacéis—les dijo—y qué religión seguís?» — «La religión de Dios, de sus ángeles y de sus profetas—respondió Mahoma;—la religión de Abraham.»

¡Cuán grande es también en las primeras pruebas de su apostolado!

Una noche, después de haber pasado el día predicando, entró en su casa sin haber encontrado un solo individuo, hombre ó mujer, libre ó esclavo, que no le hubiese colmado de afrentas y no hubiese rechazado con desprecio sus exhortaciones. Abatido, descorazonado, se envolvió en su manto y se arrojó sobre una estera. Entonces fué cuando Gabriel le reveló el bello *sura*: «¡Oh! tú que estás envuelto en el manto, levántate y predica.» De todos modos este perfume de santidad no aparece más que con raros intervalos en su período de actividad. Acaso reconoció que el sentimiento moral y la pureza de alma no bastan en la lucha contra las pasiones y los intereses, y que el pensamiento religioso, desde el momento en que aspira al proselitismo, está obligado á adoptar el porte de sus adversarios, á menudo poco delicados. Cuando menos, parece que después de haber creído sin segunda intención en su profecía, perdió al punto la fe espontánea y continuó marchando, no obstante, guiado por la reflexión y la voluntad, menores desde entonces: poco más ó menos como Juana de Arco volvió á ser mujer desde que perdió su prestina ingenuidad.

Es el hombre demasiado débil para llevar largo tiempo la misión divina, y sólo son immaculados aquellos á quienes Dios ha aligerado pronto del fardo del apostolado.

Cuestión más extraña tal vez y que la crítica, sin embargo, está obligada á plantear. ¿Hasta qué punto los discípulos de Mahoma creían en la misión

profética de su maestro?—Puede parecer extraño poner en duda la convicción absoluta de hombres que el impulso de su fe llevó del primer salto á los confines del mundo. Hay necesidad, sin embargo, de hacer aquí importantes distinciones. En el círculo de los fieles primitivos, entre los Mohadjer y los Ansâr, era la fe, hay que confesarlo, casi absoluta; pero si salimos de aquel pequeño grupo, que no pasaba de algunos millares de hombres, no encontramos alrededor de Mahoma, en todo el resto de Arabia, más que la incredulidad menos encubierta. La antipatía de los mequeses hacia su compatriota no fué jamás por completo vencida; el epicurismo que reinaba entre los ricos koreischitas, el espíritu ligero y libertino de los poetas entonces en auge no consentían ninguna convicción profunda. En cuanto á las otras tribus, es cierto que no abrazaron el islamismo más que por la forma, sin investigar los dogmas que era preciso creer y sin atribuir á ello importancia. No encontraban gran inconveniente en pronunciar la fórmula del Islam, salvo el olvidarla cuando no existiera el profeta. Cuando Kâlid compareció entre los Djadhîma, conminándoles á adoptar la fe del profeta, aquellas buenas gentes sabían tan poco de lo que se trataba, que creyeron se les hablaba del sabeísmo, y arrojaron sus armas gritando: «¡Somos sabeístas!»—Los altivos Thakif imaginaron una singular componenda para salvar la vergüenza de su conversión: consintieron en someterse á la ley nueva á condición de que conservarían aún durante tres años su ídolo Lât. Habiendo sido rechazada esta condición, pidieron conservar á Lât durante un año, durante seis meses, durante un mes. Su altivez quería una concesión, y se rebajaron finalmente á pedir la exención de la plegaria.—La conversión de los temimitas no es me-

nos curiosa. Sus embajadores se presentaron altivamente, y aproximándose á las habitaciones del profeta y de sus mujeres, exclamaron:—«¡Sal, Mahoma; venimos á proponerte una lucha de gloria (1); viene con nosotros nuestro poeta y nuestro orador.»—Mahoma salió, y el auditorio rodeó á los justadores. El orador Otarid y el poeta Zibricand exaltaron, uno en prosa rimada, otro en verso, las ventajas de su tribu. Cays y Hassan, hijos de Thabet, respondiendo con piezas improvisadas en el mismo metro y con la misma rima, establecieron con tanta energía la superioridad de los musulmanes, que los temitas se confesaron vencidos.—«Mahoma es verdaderamente un hombre favorecido por el cielo—dijeron;—su orador y su poeta han vencido á los nuestros.» Y se hicieron musulmanes.

De este género eran todas las conversiones. Se establecían las condiciones; se aceptaba ó se rechazaba. Habiendo ido el anciano Amir, hijo de Tofayl, á visitar á Mahoma, le dijo:—«¿Si abrazo el islamismo, cuál será mi rango?»—«El de los otros musulmanes—respondióle Mahoma;—tendrás los mismos deberes y los mismos derechos que todos.»—«No me basta esta igualdad. Declárame tu sucesor en el mando de la nación y me afilio á tus creencias.»—«No está en mi mano disponer del mando despues de mí; Dios lo dará al que le plazca escoger.»—«Pues bien, compartamos ahora el poder; reina tú sobre las ciudades, sobre los árabes con morada fija y yo sobre los beduinos.» No habiendo querido Mahoma asentir á estas condiciones, Amir renunció á hacerse musulmán.

(1) Llamábase lucha de gloria ó *mufakára* á los torneos poéticos en que cada tribu se hacía representar por un poeta encargado de hacer valer sus títulos á la preeminencia. La victoria correspondía á la tribu cuyo poeta había encontrado las expresiones más enérgicas y más felices.—*N. del A.*

Después de la muerte de Mahoma, sobre todo, es cuando pudo verse cuán débil era la convicción que había reunido á su rededor las diferentes tribus árabes: estuvo á punto de originarse una apostasía en masa. Unos decían que si Mahoma hubiese sido realmente enviado de Dios no habría muerto; otros pretendían que su religión no debía durar sino mientras él viviera. Apenas se hubo extendido la noticia de su fin próximo cuando en toda Arabia apareció una nube de profetas; cada tribu quiso tener el suyo, como los Koreischitas: el ejemplo había sido contagioso. Casi todos aquellos poetas, por lo demás, no eran más que intrigantes subalternos, enteramente desprovistos de iniciativa religiosa. Dirigiéndose á tribus sencillas y mucho menos refinadas que los mequeses, ponían á su servicio algunos ardides de prestidigitación que presentaban como prueba de su misión divina. Uno de ellos, Moseilama, recorría el país enseñando un frasco de cuello estrecho en el que había hecho entrar un huevo por medio de un procedimiento que había aprendido de un juglar persa. Recitaba también frases rimadas que daba por versículos de un segundo Corán. ¿Quién lo creería? Aquel vil impostor tuvo en jaque durante varios años á todas las fuerzas musulmanas reunidas alrededor de Abu Bekr, y contrabalanceó el destino de Mahoma. Encontró un rival terrible en la profetisa Sedjah, que había logrado agrupar detrás de sí un poderoso ejército de Temimitas. Moseilama, acosado en Hadjr, no vió otro medio de desarmar á su bella rival que proponerle una entrevista que fué aceptada en el acto. El profeta y la profetisa salieron casados de ella. Después de tres días consagrados al himeneo, Sedjah regresó á su campo, en el que sus soldados se apresuraron á preguntarle acerca

del resultado de la entrevista con Moseilama. «He reconocido en él—dijo—un verdadero profeta y le he tomado por esposo.»—«¿Moseilama nos dará un regalo de boda?»—preguntaron los temimitas.—«No he hablado de eso»—replicó Sedjah.—«Sería una vergüenza para tí y para nosotros—añadieron ellos—que se casase con nuestra profetisa sin darnos nada. Vuelve á su lado y reclama un presente para nosotros.» Sedjah fué á presentarse ante la puerta de Hadjr, y encontrándola atrincherada llamó á su esposo, que apareció en la muralla. Un heraldo le expuso la reclamación de los temimitas. «Muy bien—respondió Moseilama;—seréis complacidos. Os encargo de publicar la proclama siguiente: Moseilama, profeta de Dios, concede exención á los Benu-Temin de la primera y de la última de las cinco plegarias que su colega Mahoma les impuso.» Los Temimitas tomaron en serio aquella dispensa, y se pretende que desde entonces no han hecho la oración de la aurora ni la de la noche.

Por estos relatos se puede juzgar cuán profundo era el movimiento religioso en los árabes. Este movimiento no tenía absolutamente nada de dogmático fuera de un grupo muy reducido. Se refiere que después de una victoria, Omar ordenó que se diese á cada soldado su lote del botín en proporción á la parte del Corán que supiese de memoria. Pues bien, cuando se procedió á la prueba, se vió que los más valientes entre los beduinos pudieron recitar justito la fórmula inicial: «*En el nombre de Dios clemente y misericordioso*», lo que hizo reír mucho á los circunstantes. Aquellas naturalezas fuertes y sencillas nada entendían de misticismo. Por otra parte, la fe musulmana había encontrado en las familias ricas y altivas de la Meca un centro de resistencias del que no pudo triunfar enteramente. Abu Sofyan, el

jefe de esta oposición, no se dió jamás francamente aires de verdadero creyente. Cuando su primera entrevista con Mahoma, después de la toma de la Meca, dijo Mahoma: «Pues bien, Abu-Sofyan, ¿confiesas ahora que no hay otro Dios más que Allah?»—«Perdona mi sinceridad—repuso Abu-Sofyan,—pero sobre este punto conservo aún algunas dudas.» Un gran número de picantes anécdotas atestiguan el tono de ligereza escéptica y burlesca que el mismo personaje conservó siempre respecto de la fe nueva. Ahora bien, una multitud de mequeses compartían sus sentimientos. Había en la Meca todo un partido de hombres de talento, ricos, nutridos en la antigua poesía árabe, radicalmente incrédulos. Aquellos hombres tenían demasiado buen gusto y penetración para hacer una oposición muy viva á la secta naciente; abrazaron el islamismo, pero conservando sus costumbres profanas. Este es el partido de los *mouafikoun*, ó musulmanes simulados, que tan gran papel representa en el Corán. En la batalla de Honayn, en que los musulmanes fueron derrotados, aquellos falsos hermanos no ocultaron su maligna alegría. «¡Por mi fe,—dice Calada—creo que esta vez á Mahoma se le acaba la magia!»—Vedles—decía Abu-Sofyan;—correrán hasta que el mar les detenga.

Mahoma sabía muy bien á qué atenerse acerca de sus sentimientos; pero como hábil político, se contentaba con una sumisión exterior, y hasta hacía de manera que en el reparto del botín fuesen más favorecidos que los fieles de los que estaba seguro.

Todo el primer siglo del islamismo no fué sino una lucha entre los dos partidos, que suscitó la predicación de Mahoma: de un lado el grupo fiel de los Mohadjir y de los Ansâr; del otro el partido opuesto, representado por la familia de los Omeyyadas ó

Abu-Sofyan. El partido de los musulmanes sinceros tenía toda su fuerza en Omar; pero después del asesinato de este último, es decir, doce años después de la muerte del profeta, el partido de oposición triunfó por la elección de Othman, sobrino de Abu-Sofyan, es decir, el más peligroso enemigo de Mahoma. Todo el kalifato de Othman fué una reacción contra los amigos del profeta, que se vieron alejados de los negocios y violentamente perseguidos. Desde entonces no volvieron á predominar jamás. Las provincias no podían sufrir que la pequeña aristocracia de los Moadjir y de los Ansár, agrupada en la Meca y en Medina, se abrogase á sí sola el derecho de elegir el kalifa. Alí, el verdadero representante de la tradición primitiva del islamismo, fué durante su vida entera un hombre inconcebible, y su elección no fué jamás tomada en serio en las provincias. De todas partes se tendía la mano á la familia de los Omeyyadas, que por costumbre é intereses se había hecho siria. Ahora bien, la ortodoxia de los Omeyyadas era muy sospechosa. Bebían vino, practicaban ritos del paganismo, no hacían caso alguno de la tradición, de las costumbres musulmanas, ni del carácter sagrado de los amigos de Mahoma. Así se explica el sorprendente espectáculo que ofrece el primer siglo de la hégira, ocupado por completo en exterminar á los musulmanes primitivos, los verdaderos padres del islamismo. Alí, el más santo de los hombres, el hijo adoptivo del profeta; Alí, á quien Mahoma había proclamado vicario suyo, es implacablemente degollado. Hosein y Hassan, sus hijos, que Mahoma había hecho saltar en sus rodillas y cubierto de besos, son degollados. Ibn-Zobeir, el primogénito de los Mohadjir, que recibió por primer alimento la saliva del apóstol de Dios, es degollado. Los fieles primitivos, reunidos alrededor de la

Caaba, continúan allí la vida árabe, pasando el día conversando en el atrio y dando procesionalmente vueltas alrededor de la piedra negra; pero están sumidos en la más completa impotencia, y los Omeyyades no les respetan más que hasta el día en que se creen capaces de vencerles en su santuario. Fué un extraño escándalo aquel último sitio de la Meca, en el que se vió á musulmanes de la Siria incendiar los velos de la Caaba y derrumbarla á los golpes de sus ballestas. Se refiere que al lanzarse la primera piedra contra la casa santa, se dejó oír el trueno; los soldados de Siria temblaron. «Avanzad siempre—dijo su jefe;—conozco el clima de este país, en que las tormentas son frecuentes en esta estación.» Al mismo tiempo disparaba su ballesta.

Por todas partes llegamos á este resultado singular: que el movimiento musulmán se ha producido casi sin fe religiosa; que dejando aparte un pequeño número de fieles discípulos, Mahoma no infundió realmente más que escasa convicción en Arabia, y que jamás logró dominar la oposición representada por el partido omeyyada. Este partido es el que comprimido en un principio por la energía de Omar, triunfa definitivamente después de la muerte de aquel temible creyente y hace elegir á Othman; este partido es el que opone á Alí una resistencia invencible y acaba por inmolarle á su rencor; este partido, en fin, es el que triunfa por el advenimiento de los omeyyadas y va á degollar en la Caaba todo lo que quedaba de la generación primitiva y pura. De ahí también esa indecisión en que flotau hasta el siglo XII todos los dogmas de la fe musulmana; de ahí esa filosofía atrevida proclamando sin rodeos los derechos soberanos de la razón; de ahí esas sectas numerosas que á veces confinan con la infidelidad más manifiesta: karmathas, fatimitas,

ismaelitas, druzos, haschichinos, zendiks sectas secretas y de doble sentido, aliando el fanatismo á la incredulidad, la licencia al entusiasmo religioso, la audacia del librepensador á la superstición del iniciado. Sólo realmente en el siglo XII es cuando el islamismo triunfa de los elementos indisciplinados que bullfan en su seno, á causa del advenimiento de la teología ascharita, más severa en su continente, y por el exterminio violento de la filosofía. Desde aquella época no se suscita una duda, no se formula una protesta en el mundo musulmán. La dificultad de las creaciones religiosas reside por entero en la primera generación de fieles, que presta el punto de apoyo necesario á la creencia del porvenir. La fe es obra del tiempo, y el cemento de los edificios religiosos se endurece al envejecer.

II

No siendo la naturaleza humana, en su conjunto, ni enteramente buena, ni enteramente mala, ni completamente santa, ni por completo profana, se peca igualmente contra la crítica cuando se pretende reducir los movimientos religiosos de la humanidad, ya sea á un juego de intereses y pasiones individuales, ya sea á la acción exclusiva de móviles superiores. Una revolución tan profunda como el islamismo no ha podido ser fruto de una hábil combinación, y Mahoma no es más explicable por la impostura y la astucia que por el iluminismo del entusiasmo. A los ojos del lógico que se coloca en el punto de vista de las abstracciones y opone una á otra la verdad y la mentira como categorías absolutas no hay término medio entre el impostor y el profeta. Pero á los ojos del crítico que se colo-

ca en el medio fugaz é inapreciable de la realidad, nada de lo que del hombre sale es puro; todo lleva junto al sello de la belleza su mancha original. ¿Quién puede marcar la línea divisoria que separa en sus propias sensaciones morales lo amable de lo aborrible, la fealdad de la belleza, la visión angélica de la visión satánica, y hasta en cierta medida la alegría del dolor? Las religiones eran las obras más completas de la naturaleza humana, las que la expresan con mayor unidad; son las que más participan de las contradicciones de esta naturaleza y excluyen los juicios simples y absolutos. Querer aplicar con firmeza á estos fenómenos caprichosos las categorías de la escolástica, juzgarlos con el aplomo del casuista, trazando una línea profunda entre la sabiduría y la locura, es desconocer su naturaleza. Todo ocurre como en aquellos espejismos de una de las noches de Walpurgis, en aquel gran sábado de todas las pasiones y de todos los instintos. Lo santo y lo infame, lo encantador y lo horrible, el apóstol y el juglar, el cielo y el infierno, se dan la mano en él, como las visiones de un sueño turbado, en el que todas las imágenes, ocultas en los repliegues de la fantasía, aparecen sucesivamente.

He insistido largo tiempo sobre la enfermedad nativa del islamismo; sería injusticia no añadir que ninguna religión ni ninguna institución resistiría á la prueba á que podemos someter á esta. ¿Qué profeta presentaría cara á la crítica si la crítica le perseguía como al nuestro hasta en su alcoba? ¡Felices aquellos á quienes cubre el misterio y que luchan atrincherados detrás de la nube! Tal vez acaso nuestro siglo ha abusado de la palabra espontaneidad en la explicación de los fenómenos que ni la experiencia del presente ni los testimonios de la historia podrían hacernos comprender!